

PERÚ

EL IRIS.

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

DIRECTOR—VICENTE H. DELGADO.

TOM. I. } LIMA, DICIEMBRE 1º DE 1893. { NUM. 4

Carta literaria.

Señor Juan de Bellavista.



José Fiansón, joven de 22 años nacido en un clima ardiente, está dotado de una sensibilidad exquisita y de una imaginación griega, lo cual le permite concebir con gran facilidad seres ideales, y elevarse constantemente en sus alas de poeta á mundos desconocidos.

Buscando siempre la *novedad* en el asunto, ha ingresado, muchas veces, en la escuela romántica y en la naturalista. Apesar de que en sus décimas *En el Mar*, parece haberse inspirado en la Mitología Griega, y aunque su condición de joven explica perfectamente el que no pertenezca á una escuela determinada, en la mayoría de sus composiciones muestra más inclinación al romanticismo.

Como poeta es esencialmente lírico, y así lo manifiesta al entonar con templada lira su cañenciosa:

«Salve, juventud hermosa,»
«tierna edad en que risueño»
«libo el néctar del ensueño»
«en el cáliz de una rosa!»

Su metro y estrofa favoritos son el octosílabo y la décima, sin embargo de que en su *Claro de Luna*, composición que pasa por la mejor de las producciones de su fecundo estro, y que vamos ligeramente á analizar, ha usado el endecasílabo y la forma de quinteto.

CLARO DE LUNA.

Á JOSÉ ANTONIO ROMÁN.

En mis noches de insomnio y de amargura,
la luna, en el cristal de mi ventana,
diseña sobre fondo de negrura
una aérea y fantástica hermosura
que disipa el fulgor de la mañana.

En el plateado vidrio retratada,
cuando la noche tétrica me agobia,
se destaca la imagen de mi amada,
con el diáfano tul de desposada
y el mirar cintilante de la novia!

Y flotan los etéreos lineamentos
en esa floración de sombra inquieta,
que bordean brillantes clarimentos,
como flotan los bellos pensamientos
en el cerebro ardiente del poeta.

Y surge en el cristal de mi ventana,
radiosa y llena de un afán ignoto,
como Kalí, la Venus indostana,
como la amante fiel de Ramayana,
como la flor simbólica del loto!

Cuando con ténues tintas de escarlata
el pórtico de Oriente se colora,
y se apaga la lámpara de plata,
y el raudal de sus lágrimas desata
sobre la tumba de Memnón, la aurora;

El rocío, en la verde enredadera,
donde la flor temprana entreabre el broche,
un breve tiempo titilando queda.....
hasta que cae de la flor, y rueda
con mi dorado ensueño de una noche!

JOSÉ FIANSÓN.

Lima—1893.

El pensamiento es bello!.....

El joven poeta, en sus desvelos de amor. vé, á la luz de la luna, retratada en el cristal de la ventana la imagen de su amada; y vela con el mirar ctitilante de la novia, y cubierta yá del diáfano tul de desposada, flotando en el negro de la sombra.....

Su brillante fantasía tiende el vuelo, y la vé surgir con un deseo misterioso y lleno de esplendor como una deidad; pero, muere el Astro de la Noche, cambia la naturaleza, y al perderse en tierra una lágrima de la aurora, su ilusión se desvanece. Ay! su hada se ha perdido en el fulgor de la mañana, y el vate ha despertado con el alma entristecida.....

Necesario sería tener un espejo donde pudieran grabarse las ilusiones del alma; y al mirarlas ir pintándolas en el lienzo, para poder describirlas con los vívidos colores y la delicadeza que lo hace el Cantor de Juvenilia.

Entrando en un análisis detallado se destaca, á primera vista, la hermosa comparación, tan propia como bien expresada en lenguaje rítmico, que ocupa todo el tercer quinteto.

Inspirado el poeta, continúa, comparando á su amada aparecida con la Venus de la India, con la amante fiel del Ramayana y con la flor simbólica del loto.

«Cuando con ténues tintas de escarlata»
«el pórtico de Oriente se colora,»

es una elegante perífrasis engastada como un diamante en arco de oro. ¡Qué versos tan llenos! sobre todo el segundo que parece griego:

«y se apaga la lámpara de plata»
«y el raudal de sus lágrimas desata»
«sobre la tumba de Memnón, la aurora;»

son tres metáforas enlazadas por un hipérbaton que, aunque bueno, no me agrada mucho; y en las que sólo en.

cuentro de censurable la alusión que hace de la tumba de Memnón.

El último quinteto puede decirse que es el alma de la composición; y aunque en el penúltimo verso debe pintarse el acento de *cáe* para indicar la notable pausa que viene después de la *e*, el pensamiento que termina, á tiempo que desaparece el rocío que:

«donde la flor temprana entreabre el broche»
«un breve tiempo titilando queda».....

y la riqueza de este último verso tan lleno de armonía imitativa, hacen un quinteto muy bueno, donde la pequeñísima falta de que adolece, queda eclipsada ante la brillantez de sus excelencias.

Resumiendo: la composición es bellísima; y las muchas riquezas literarias que contiene hacen de ella una coronita de mirto muy digna de ornar las sienes del joven poeta.

VICENTE H. DELGADO.

Duelo

La Redacción de *El Iris* sintiendo profundamente la pronta desaparición del señor ANTONIO PASTOR SEVILLA, padre de nuestro querido condiscípulo y amigo Manuel Ignacio Pastor, acaecida el lunes 27 del mes que espiera, se adhiere al duelo.

LETRAS

Fantasia.

Enamorado del amor, corría
en pos de una mujer encantadora;
y en mi carrera loca me decía:
¿será un sueño de mi alma soñadora?

—
¿Seré yo un soñador incorregible,
nutrido de esperanzas é ilusiones,

corriendo siempre en pos de un imposible,
con la fé de los ciegos corazones?

¡Será falso el amor? ¡Será mentira
la célica ternura de las bellas?
¡Será un sueño de mi alma que delira
con laureles, y sílfides, y estrellas?

Y en mi carrera loca, al fin la encuentro
radiante de esplendor y de pureza;
y como un astro en busca de su centro,
yo giro al rededor de su belleza.

Y me atrae la luz de su mirada,
y me envuelven los cielos de su mente.....
¡Feliz yo si en su falda perfumada
hundir pudiera mi ardorosa frente!.....

¡Sí, concentrando mi alma yo en los ojos,
en la ruda explosión del sentimiento,
¡ay! pudiera á sus plantas yo de hinojos
deshojarle la flor del pensamiento!

¡Si pudiera verter toda la esencia
que guarda mi alma, en su purpúrea boca,
y dejarle en un beso mi existencia
que ha concebido una pasión tan loca!.....

Su boca, flor de amor, cerrará el broche?
¿Se perderá mi acento sobrehumano,
como la chispa en medio de la noche,
y la gota en medio del océano?

Más, nó! la gota se alzaré en la nube
que ocultará la chispa, hecha centella.
¡Será el bello ropaje de un querube,
será en el cielo del amor, estrella!!

Perú, Barranco—1892.

JOSÉ FIANSON.

—————:o.—————
Nicolás A. Gorzález.

Quando esgrime la espada redentora
en el campo inmortal de los dolores,
despidiendo sangrientos resplandores
su musa es una audaz batalladora.

Y cuando canta á la beldad que adora,
 suave entonando una canción de amores,
 es una novia deshojando flores
 de su inspirada mente soñadora.....

Hay en sus versos de cantor guerrero,
 rugidos de huracán, luz de meteoro
 cuando blande en sus luchas el acero;

Y esplendores de sol, ritmo sonoro,
 flores de Mayo, cuando amor primero
 pulsa las cuerdas de su lira de oro.

MIGUEL M. LUNA.

:o:

¡Excéptica!

A BLANCA ROSA.

En mis anhelos de saciar tu hambre,
 Ese tu hambre de amor que no se sacia,
 De pensamientos un revuelto enjambre
 En mi cerebro bullidor se espacia.

Mi corazón, como termal laguna,
 Cálido aliento al palpar bosteza;
 Y, tú, le acuerdas frigidéz de puna
 En su desnuda y desigual crudeza.

Mi corazón, como inflamada hoguera,
 A mi cerebro enardecido crispa;
 Y, tú, lo encuentras corazón de cera,
 Que lo derrite la más leve chispa.

Por tí mi amor en un delirio raya
 Que no te acierta á describir mi lengua;
 Y, tú, creyendo siempre que desmaya
 Y que su grande intensidad amengua.

Siempre llorosa, tu mejilla escaldas
 Con un cordón de lágrimas, que, al verlas
 Rodando hasta caer sobre tus faldas,
 Se me figuran cristalinas perlas.

Y de las dudas el continuo asedio
 A tu pasión arrebatada acosa:

Siempre está al lado del placer el tedio,
La espina, junto á perfumada rosa.

Mil vidas si tuviera, complacido,
Las perdería por llevar la calma,
Como paloma á acurrucarse al nido,
A los pliegues más íntimos de tu alma.

Deseara ser un iris de colores
De perfumes sonidos y de líneas,
Por pintarte mis férvidos amores
A través de mis cuerdas apolíneas.

Deseara convertirme en cuanto existe,
Porque me encuentres por dó quier que vayas,
Y nunca tengas que llorarme triste
En las ausencias en que, tú, desmayas.

Con la hoja incisiva de una daga,
Abrir quisiera mi angustiado pecho,
Para mostrarte la profunda llaga
Que con tus dudas entre mi alma has hecho.

Pero en vano la daga pugaría
Por abrir en mi pecho una hendidura;
Porque el fuego de mi alma fundiría
El acero al tocar su placa dura.

Dudar es tu destino ¡oh desventura!
Y sufrir con tus dudas mi consigna;
Mas á vivir hundido en la amargura
De las dudas el vate se resigna.

El ave deja la caliente rama
Donde viven sus hijos, y se atreve,
Con sus alas plegadas que esparrama,
A hollar los copos de elevada nieve.

El poeta es otra ave, que no extraña
Los excépticos hielos de la vida,
Que en la cumbre se ven de la montaña,
La montaña de amor, que los anida.

RODRIGO NICOLÁS HERRERA.

A Inés.

Para tu labio muy terso
Yo diera mucho, embeleso:
Rica prosa, dulce verso
Y mucho más...—Ay! qué exceso!!

Siempre te he visto asomar al balcón como paloma á su nido; y cuando, sin que tú veas, he osado descubrir el misterio que hallaba en tus rutilantes ojos, he comprendido, bien claro, que ellos son el espejo de tu alma, y que:

Limeña hermosa de color canela
Y de ojos *aceitunita*,
Tan pícara es la bonita
Ay! que por la menor cosa se encela.

Y si tiene ese fuego que sofoca
De tu mirar, pura luz,
Líbreme Dios! Ay! Jesús!
Que la chica traviesa es, y me aloca!
VICENTE H. DELGADO.

 ✧ Rojo.

En tus ansias de histérica locura,
con algo de infernal y de divina,
brilla una nota tersa y cristalina
bajo el cendal de tu pestañita oscura:

y yo, el loco cantor de la amargura
que en tus altares trémulo se inclina;
bebo la tibia gota purpurina
que cae al deshojarse tu hermosura.

Y al apurarla siento que se agita
un océano de lava en mi cabeza,
y en medio de mis lúbricos excesos,

que el palpíteo de tu seno incita:
ahogo mis anhelos de fiereza
en la explosión de carne de tus besos!!

Lima, 1893.

LUIS CESÁREO ESTEVEZ.

Inocencia.

En el pensil tapizado
de fragantísimas flores
que de variados colores
la natura ha matizado,

Se vé meciéndose airosa
una flor que su hermosura
con su nítida blancura
descuella la más graciosa;

Recibiendo temblorosa
en su seno el fresco beso,
ya del céfiro travieso,
ya de alegre mariposa.

Esa flor cuya belleza
resalta tranquila y pura

en la lozana verdura,
es la flor de la pureza.

Rodeándola, bulliciosas
las abejas diligentes
en mil sitios diferentes
libarla quieren ansiosas.

Así la joven hermosa
en la edad de la ilusión
vé asediado el corazón
por juventud licenciosa,
que con brillantes colores
pintando falsa intención
ah!.....roban al corazón
sus sentimientos mejores.

Lima—93.

FLORENTINO ALCORTA.

:o:
Ideal.

A J. F.

Azules son tus ojos, y la sombra
de tus negras pestañas es el velo,
con que empañía la noche el suave brillo
de un pedazo de cielo.

La nieve congelada en tus mejillas
deja que la maten ruborosa
los átomos de lumbre que la aurora
vierte en besos de rosa.....

Y tu marmóreo seno, do palpita
un tierno corazón enamorado
tiene oleajes eróticos de fuego;
de fuego cintilado.....

Tu acento vibra como vibra el canto
del ave triste en el oculto nido,
con gorjeos en noches invernales
de un ruiseñor herido.

Qué más quieres mujer? Eres un cielo
envuelto en copos de la nieve rosa,
forma tu voz un choque de cristales.....
¡Tienes alma de Dios!

M. A. SECADA.

Octubre del 93.

A mi padre

TENIENTE CORONEL D. MANUEL
BEZANILLA

[*En mis días.*]

Ya que un año ménos cuen'to,
En el curso de mi vida
Que de penas revestida
Ha pasado cual el viento;

Ya que un año más con lento
Paso, al fin de mi partida,

Quiero mi alma goce henchida
De placer y de contento.

Si mis años han pasado
De tantos pesares llenos
Amargando mi existencia,

Está en cambio compensado:
Un año de vida ménos
Un año más de experiencia

C. BEZANILLA.

Lima, Octubre 5 de 1893.

:o:
La hetaira.

Mileto, la opulenta villa del Asia Menor, bañada en luz primaveral, que atemperan y perfuman los vastos campos de rubias mieses, se alza esbelta y engalanada como columna corintia sobre plinto floreado en la ribera que adulan eternamente cantando epitalamios, las aguas del Archipiélago. El Meandro escorzado como *pallaka* sobre pieles de Esmirna, cifiendo con brillante cinturón la ciudad, se desliza modulando con su garganta de cristal canciones anacreonticas.

Aquel día todo el pueblo repletaba gozoso las calles; celebrábase las grandes fiestas de Isis, la deidad protectora de la villa. Rodeado de jardines cuya verde silueta cortaba de una manera irregular el azulino tul del cielo helénico, arrullado por el barboteo de los surtidores, el santuario de la diosa, todo de rico mármol de Paros, se avistaba al noroeste sobre una pequeña colina. Las mujeres abandonando por esta sola vez el penumbroso fondo del gineceo, alegrando la vista con los colores claros de sus largos *vistones*, suelta y vagorosa la azabachada mata de sus cabellos, cogidas por la cintura, marchaban en apretados grupos camino del templo cuyas caladas metopas de artísticos matices en las líneas, heridas por el sol expandían una claridad nimbosa, cual si el Olimpo velado por misteriosos cendales se cerniera sobre la ciudad, sostenido por fantásticas alas. Y de los campos, como aladas estrofas del viejo cisne de Teos, llegaban perfumadas auras de los mirtos y rosales.

Por aquel entonces traía al ^{***}retortero á la juventud elegante de Mileto, Frina la hermosa hetaira, chispeante en su parla y oportuna en sus ocurrencias. Natural de Chios, fué encerrada desde pequeña en uno de los mejores institutos de la ciudad; nació tañía mejor que ella la áurea cítara haciéndola gemir amorosamente bajo el artístico plectro de marfil, y cuando distendiendo su escultural anatomía, arqueando el soberbio y apolí-

neó brazo sobre la arrogante cabeza hacía cantaletear los cintilantes y bulliciosos córalos, fingían éstos al oído el polirítmico golpetear del cristalino chorro sobre el lustroso mármol de la esculpida taza que tres náyades innocentemente impúdicas, mostrando sin rubor sus duras carnes de Paros, sostienen en actitudes escultóricas. De voz armoniosa, pocas la aventajaban en el canto. Y en los báquicos festines, cuando los cráteras de delicados bajo-relieves y doradas cinceladuras rebosaban locpletas del néctar chiprense, Frina, descollando por su belleza entre las demás hetairas, era la primera en desmenuzar con risa orgiástica la corona de rosas y arrayanes que aprisionaba su praxitelina frente. Luego brillantemente húmedas sus pupilas en las que flotaban vapores del Flionte, rameado su rostro con las tintas del placer, sintiendo restallar la delicada seda rosa de su vaporoso *xiston* enajado de áureas estrellitas bajo el apresurado dilatarse del soberbio seno, la hetaira, rasgando con las sandalias claveteadas de plata las ricas pieles de Sárdes y en medio del círculo formado por sus enardecidos admiradores, agitábase frenética en danza de pasos lascivos y contorsiones que hacían temblar por la flexible cintura de la bailarina; unas veces avanzando el torso y destacando mejor sus graciosas curvas flexionábase á tal punto que su *xiston* estallando por los hombros deslizábase calladamente dejándola en incitante semi-desnudez; otras, girando sobre sí misma con vertiginosidad disfumaba de tal modo sus encantos, que el rosado de su túnica y el de sus carnes confundíanse en una sola coloración.

Por eso los jóvenes acudían á su casa solícitos de placeres, y las esposas griegas perdidas en el fondo del sombrío gineceo, reclinadas sobre pérsicos tapices rodeadas de las esclavas que silenciosas hilan, maldecían, arrasadas en lágrimas, á la bella hetaira causante del desvío de sus maridos.

**

Las fiestas fueron turbadas por una mala noticia. Un heraldo recipitándose en medio de la Asamblea de los *enantes*, les anunció la próxima llegada de las tropas persas enviadas por Darío para sofocar la rebelión encabezada por el altanero Aristagoras. Por ensalmo cesó el regocijo popular; los hombres dispersáronse comentando el suceso á su manera y las mujeres arrebujiándose en el espléndido *chitón*, seguidas de sus hijos volviéronse tristes y pesarosas. La flota milesiana, despojada de sus galas, empezó lentamente á replegarse á los muros de la ciudad, y la fortaleza situada en el angosto istmo que unía el Mileto insular al continental, enarboló el pendón de guerra.

Días más tarde los persas, esos temidos bárbaros, presentáronse á tiro de flecha, y de los muros milesianos gruesa granizada de dardos clareó las espesas filas invasoras. Con tenaz brío sos-

tuvo el sitio la heroica Mileto, y no hubiera sido tomada á no mediar un extraño acontecimiento.

Una noche Aristágoras ^{***}asistió á los festines de la hermosa Frina. Cautivado por sus encantos, una vez que ella bailaba, el guerrero, ebrio de licor y deseos, se abalanzó sobre la danzante y tomándola del brazo le exigió brutalmente que fuera suya. La hetaira, elegante y distinguida, sintiendo sublevarse su pudor, rechazó con violencia al licencioso, y éste, sin reparar que era una mujer la que tenía delante, estampó la mano sobre su aterciopelada mejilla.

Rugiendo Frina saltó como leona sobre el ofensor y apoderándose de su espada cercenó, antes de que pudieran evitarlo los circunstantes, la cabeza de Aristágoras.

Un soplo de tragedia inmovilizó todos los rostros; las luces del festín palidiecieron, y el vino de las ánforas tomó visos de sangre humeante. Y en medio, satánicamente bella, cárdenos los convulsos labios, desencajadas las facciones, Frina, el sanguinolento acero en una mano y la lívida cabeza en la otra, miraba fuera de sí el mutilado tronco de cuyo cercén, emergía, vivaz y copioso, un chorro de sangre, que rodando hasta los pies de la hetaira coloraba su blancura de alabastro y orlaba con roja franja el vaporoso *xiston* de largos pliegues.

De súbito déjase oír ruido de lucha, sonos gemidores de clarín y tropel de carreras. Sorprendida Mileto, la opulenta villa es asaltada por las huestes persas. Cogidos de sorpresa los defensores oponen débil resistencia. Horas mas tarde, el clamor de los vencidos que caen bajo el filo del acero persa, los vítores de triunfo y las rojas llamas que con sus trombas de chispas manchan el cielo, indican que Mileto es presa de las huestes de Darío.

Entre tanto Frina, insensible á los horrores del asalto, sombría, sola en la amplia estancia y de pie ante el cadáver de Aristágoras, clavaba las trágicas pupilas en las negras brumas del horizonte, que polvoreadas con chispas de oro cubrían con rojizo manto las serenas aguas del Archipiélago.

JOSÉ ANTONIO ROMÁN.

Lima—1893.

CIENCIAS

El Narval.

(Continuación.)

—No faltan ejemplos de vuestra suposición, me contestó mi amigo.

—Nada conozco de parecido en la naturaleza; pero como no

sea esto imposible, busquemos otra prueba. El cuerno de monoceronte ó del unicornio, de que tratamos, no puede en modo alguno haber sido colocado en la frente de un animal, porque no es un cuerno sino un diente.

—No lo comprendo.

—Es muy sencillo. Un cuerno compuesto de una materia análoga al pelo de la pluma ó al epidermis de la piel, en fin es un cuerno. Un diente, por el contrario, es un verdadero hueso, teniendo los mismos principios químicos y además está vestido de un esmalte particular ó bien es de marfil. Ahora bien, vuestro pretendido cuerno de monoceronte es verdaderamente un diente.

—Pues entonces, me dijo mi amigo, de dónde procede este singular y monstruoso diente?

Pertenece á una especie de cetáceo, análogo á la numerosa familia de los delfines y que los naturalistas han llamado narval (*monodon monoceros*). Este animal se parece á las marsoplas por las formas generales de su cuerpo y por su cabeza estética; está privado de aleta dorsal y alcanza una extensión de quince á veinte pies, pero lo que lo distingue de todos los demás cetáceos, son los colmillos que arranean de la parte delantera de su mandíbula superior, en dos alveolos, que se dirijen horizontalmente hácia adelante y tienen unos ocho ó diez piés de longitud. Pero lo que es muy singular, lo más raro es, que esos dos dientes se desarrollan igualmente, porque casi stempre uno de los dos queda en estado de rudimento y oculto en el alveolo.

El narval parece estar confinado bajo los círculos polares en las regiones más frias del Norte, tales como los mares de Groenlandia y Spitzberg. Hasta el siglo XVII, solo lo conocían los dinamarqueses y suecos que frecuentaban aquellos remotos lugares. Juzgando aquel animal por su arma defensiva, creíalo muy feroz que solo se alimentaba de cadáveres; por este motivo estaba prohibido entre ellos comer su carne y le daban el nombre de nar-hual ó narval, que, en irlandés, significa balena que come cadáveres [*nar* cadáver y *hual* ó *real*, balena].

Verdad es que el narval no tiene otros dientes que su colmillo blanco en forma espiral; su boca es muy pequeña y no le permite alimentarse sino de moluscos, como pulpos, medusa y otros animales pelágicos. Su colmillo si para algo sirve, no es ciertamente para defenderse de sus enemigos y parece hacer muy poco uso de él, porque se lo ve casi siempre cubierto de moho, de plantas marinas y de un gran número de pequeñas conchitas que se adhieren á él. Unicamente, su punta parece experimentar algún roce, porque se observa generalmente un poco desgastada. Quizás se sirve de este singular instrumento, para desprender de debajo de las rocas á los moluscos y otros animales de que se alimenta. Como la mayor parte de los delfines, vive en compañía de muchos otros individuos de su especie: todos sus movimientos parti-

cipan de una gran viveza y nada con celeridad asombrosa.

Es fama que golpea algunas veces á los buques con tan gran fuerza, que su colmillo penetra en la embarcación y queda sujeta entre tablas á pesar de todos los esfuerzos que después hace el animal para retirarlo. En este caso, no le queda más recurso que romperlo si quiere evitar la muerte, lo que no logra siempre.

Muchos viajeros se han divertido refiriendo combates terribles entre el narval y la balena á la que vence constantemente, porque tiene la maña de atacar la parte débil del gigante de los mares y hundir en ella su terrible colmillo. Las descripciones están llenas de interés y muy amenas; pero en buena crítica es preciso dejar á un lado esos hermosos cuentos que se nos refieren del unicornio y de otros animales más ó ménos fabulosos.

De El Diario de un Naturalista.

:o:

Problema

—
Cierta amigo me llevó
A una casa de juego,
Y aunque yo en esa materia
No estaba tan inexperto,
La mitad de mi fortuna
Daré y en seguida un tercio;
La suerte me fué contraria,
Mas no por eso me arredro,
Pues que á una carta puse
De mi capital el resto;
Y con tan buena fortuna
Que gané, estadme atento,
Tantas veces más morlacos

Como los que puse en riesgo.
Esta suerte me animó,
Y lleno de arrojo apuesto
La cantidad que me hizo
De esa tal ganancia dueño.
La perdí y con prudencia
A otro mi lugar cedo;
Y por todo ciento diez
Soles llevé en mi pañuelo.
Y si amante de la ciencia
Eres, y aspiras al premio,
Dime ¿con qué cantidad
Entré á la casa de juego?

A. QUIRÓS G.

REVISTA

Nueva ley de Física.—En EL COMERCIO de esta ciudad, encontramos el siguiente artículo, que por tratarse de un hecho tan importante en las ciencias, reproducimos:

«FÍSICA.—La observación y la experiencia son los dos puntos culminantes en que se basa la Física para hacer las investigaciones de sus fenómenos, siendo pues estas, las que ensanchan cada día más sus conocimientos.»

«Un hecho de experiencia me obliga á dar publicidad á una observación que acabo de hacer, inducido no solamente por la idea de que el principio que voy á enunciar sea útil en la fabricación de ciertos instrumentos músicos; sino también de que se tenga como una ley en el tratado de Acústica, acerca de las vibraciones de las varillas, láminas, placas y de las membranas.»

«Habiendo puesto en seguridad una varilla de metal por uno de sus extremos en un tornillo de fuerte presión, y échola vibrar conservando ésta su dirección recta, he notado un sonido fijo, en seguida procedí á encorvarla en un sentido espiral, y á medida que iba tomando mayor curvatura resultaba un sonido cada vez más grave, ó lo que es lo mismo, con menor número de vibraciones.»

«Ahora bien, practicando el experimente en sentido contrario, es decir, desarrollándola, observé que el sonido se hacía cada vez más agudo, hasta su posición recta, resultando por consiguiente, con mayor número de vibraciones.

«Del experimento hecho, he deducido la siguiente ley:»

«*El número de vibraciones en las varillas encorvadas en sentido espiral, está en razón inversa de la curvatura de ellas.*»

«Ley que fácilmente se comprueba con la práctica y juzgo que debe consignarse entre las que considera la Física en su tratado de acústica, puesto que en ellas no noto más que las siguientes:

1.^a El número de vibraciones transversales de las varillas y de las láminas de igual naturaleza y fijadas de la misma manera, está en razón directa de su grueso é inversa del cuadrado de su longitud.»

2.^a El número de vibraciones longitudinales está en razón inversa de su longitud, sean cuales fueran su diámetro y la forma de su sección transversal. A las que debe seguir á mi juicio como ley esta: El número de vibraciones de las varillas encorvadas en sentido espiral, está en razón inversa de la curvatura de ellas.»

«Si pues la Dialéctica nos enseña, que la experiencia es un criterio de verdad, y si esta ley como se vé, se apoya en la experiencia, muy clara es la conclusión; por consiguiente si el descubrimiento hecho se toma como una ley de Acústica, por los físicos de reconocida nota, se habrá dado un paso en el vastísimo campo de la Física; y en caso contrario, se ha hecho algo que queda llamar la atención de los observadores de los fenómenos físicos de la naturaleza.»

Dionisio G. Gayoso.

Gran triunfo.—Con motivo de la fiesta de Navidad en el próximo 24, *La Revista Ilustrada* de Nueva York, dará una edición especial que contendrá doble volumen que los números corrientes y en la que escribirán los más distinguidos poetas americanos.

Entre los jóvenes peruanos, que residen en Lima, el único que ha tenido la gran distinción de ser invitado ha sido nuestro colaborador el joven José Fiansón, socio de esta Empresa y actual Director de la sección *Letras* de esta revista, á quien le pider, con exquisita galantería, una composición original y su retrato, el mismo que saldrá en dicha edición.

Como se vé, el fallo ha sido imparcial y con el mayor acierto.

Era ya tiempo, que una autoridad literaria, como los señores RR. de *La Revista Ilustrada* de Nueva York, determinara al jefe de esa pléyade de jóvenes poetas, que trabajan constantes por disputarse la gloria, para satisfacer el ardiente deseo de los admiradores de la joven musa.

El Iris, felicita á su laureado colaborador por el reciente triunfo; á la vez que anhela que éste le sirva de aliento para continuar en su brillante carrera de las letras.

Edición de Navidad de *La Revista Ilustrada* de Nueva York. *Ilustraciones.*—El Salto del Tequendama.—La Catarata del Niágara.—Catedrales de las capitales americanas.—Templos y conventos célebres.—Retratos de los Presidentes con sus Ministros.—Retratos de la Diplomacia americana en Washington.—Retratos del Congreso Médico Pan-Americano.—Vistas de los edificios en el Parque de Jackson en Chicago.—Retratos de los comisionados á la Exposición.—Retratos de los poetas y escritores más prominentes de cada una de las repúblicas.—*Texto.*—Biografías de los Presidentes y sus Ministros, principales poetas y escritores.—Juicios de autores españoles.—Novelas cortas americanas.—Poesías de los poetas más conocidos en América, entre los que se halla el señor Amézaga, peruano, etc.—Novedades literarias en Madrid.—Biografías de los diplomáticos en Washington.—Piezas musicales.—Situación política de América en Europa.—Modas.—Literatura brasileña etc.

VARIEDADES

Lances de un calavera.

VII.

LA VISITA.

Pues si Petita, le digo á Ud. que el señor corredor (negociante, es un tipo muy agradable.

—De veras, si ya tengo ganas de conocerlo.

—Yo te aseguro que saldrás con tu gusto, lo has de ver, hija mía, porque regresará ¿no es verdad Luisa?

—Mamá, yo no lo sé, contestó ésta, con el tono más hipócrita y afectado.

—¿Pero, hija, el señor corredor no nos dijo al despedirse que regresaría?

—Puede ser mamá, pero yo no lo oí, seguramente estaría distraída.

—Sí, ya lo creo, eso te pasa siempre, añadió Jesús con socarronería.

—Justo! exclamó doña Trinidad, tu adoleces de ese gran defecto, estar siempre distraída.....

No había aun terminado de decir esto cuando se abrió la mampara de la sala para dar paso á Blás, que correctamente vestido

y con aquella arrogancia que le era peculiar se llegó á saludar á doña Trinidad, llevaba una levita negra muy entallada, un pantalón plomo á listas y un bejuquillo bajo el brazo, después de dar la mano á Luisa y á Jesús echó en torno suyo una mirada como de reconocimiento y doña Trinidad se apresuró á presentarle á su amiga.

—La señora Petita viuda de Lamodiére.

El señor Blás corredor negociante.

—Blás Ronquillo mamá, dijo Jesús.

—Ya, ya, Ronquillo.

—Con que la señora es Lamodiére eh!.....

—Conocía Ud. á mi marido, caballero? era una alma de Dios, qué caracter! qué talento! qué genio! oh!

Vea Ud., casualmente ayer me *vide* con una persona que lo conocía hacía muchos años como Ud., y me lo ponía por los cielos, su caridad, su.....si pues, el padre Antón que es mi confesor de la orden de los.....—no sé como se llaman—; lo cierto es que me confiesa en la iglesia de la Recoleta, tiene un primo que es sacerdote como él, y que le dice misa al señor que se yo cuantos allá en *Uropa*.

—Sí, así es, justo, replicaba Blás, admirado de la charla de la tal señora, y sin comprender ni jota de lo que le decía.

—Si señor, pues me decía el padre Antón que una vez había dado una limosna á una desgraciada familia que vivía por Malambo y que estaba en una miseria tremebunda. El padre era tullido, la mujer padecía de reuma y cuatro hijos de sarampión, Ud. no se acuerda?

—Señora, á decir verdad, no.....

—Como nó, si nosotros vivíamos entonces por la calle de Siete Geringas, Ud. vivía al frente ó su hermano, no me acuerdo bien.

—Señora, Ud. estará equivocada, no recuerdo—geringas? geringas? ah! si, mi padre ahora que me acuerdo decía mucho, oh! si me parece verlo! qué geringas! sin duda hablaba de eso que Ud. me cuenta.

—Justo, no ve Ud. misía Trinidad lo que le decía que que..... tenía ganas de conocerle, si es el de Siete Geringas ah! caballero Ud. es muy amable, muy generoso.

—Señora, esa es una alabanza que no me conviene.

—¿Cómo que no le conviene! dijo doña Trinidad, asustada.

—Quiero decir que no la..... la.....

Un nudo se leataba á la garganta, concebía pero no daba á luz la palabra.

—Merece, exclamó Luisa para sacarlo de apuros.

—Sí, justo, eso es.

Iba Pepita á comenzar de nuevo el relato cuando doña Trinidad la interrumpió dirigiéndose á Luisa.

—¿Y qué resultado tuvo eso de las cintas del señor corredor para la madama?

—Que resultado, pues, el de costumbre, escojí y se llevaron á la casa, ¿no es verdad? dijo con viveza á Blás.

—Claro! como no se había de llevar.

La conversación cambió entonces de giro y un rato después Blás abandonaba el salón, no sin haber obtenido el permiso para traer á sus amigos.

Cada una entonces emitió su opinión sobre el visitante.

Petita decía que era muy amable, que conocía desde mucho tiempo atrás á él y á su hermano.

Dofia Trinidad, que era muy simpático y envidiable el corredor. Jesús, que era muy elegante, y Luisa.....que era muy de su gusto.

Era claro.....

[Continuará.]

GUILLERMO REBAGLIATI.

—:o:—

Ensayos críticos.

III

La génesis y los caracteres del movimiento literario contemporáneo en el Perú — Clasificación de los escritores — Mi procedimiento crítico.

Reflejando la Literatura el estado social así como el individual, con todos los fenómenos que en su seno caben merced á las continuas evoluciones de la vida, natural es que esas grandes conomociones que afectan el edificio de las instituciones y la autonomía individual ó pública,—ora bajo la forma de una guerra externa que termina con el sojuzgamiento temporal de unos pueblos y la perpetua esclavitud de otros, ora con ocasión de las luchas internas trabadas entre los defensores de la inviolable magestad de las leyes y el absolutismo autoritario de un tirano,—natural es, digo, que tamaños acontecimientos se transparenten en la Literatura del pueblo en cuyo seno se realicen, ya marcándola un rumbo de mas amplio desarrollo, ya haciéndola germinar en su suelo, como jamás la hubiese cultivado. Con frecuencia, los punteros que señalan esos grandes hechos que llenan las páginas de la Historia Política y Religiosa de un pueblo, son los propios que marcan en su literatura notables evoluciones y manifestaciones, que en bien ó en mal la han revelado.

Las guerras, las conquistas, en el exterior; la tiranía con todos sus efectos de anarquismo, en el interior, prestan ocasión al poeta,—que, si no lo hay, nace en esas revoluciones,—para embocar la trompa épica ó pulsar las cuerdas eminentemente subjetivas de la lira.....

Una guerra, la más inicua, cual la que Chile nos hiciera, y su desgraciado término, que hace renacer en pleno siglo XIX el condenado derecho de conquista, con el rapto de nuestras más preciadas provincias, las hazafias de nuestros heroes, simboliza-

das en el legendario *Huascar* y el gloriosísimo Morro de Arica, eran de sobra materia para inspirar la lira de los poetas y aun para ponerla en manos de quienes jamás la hubieran pulsado, despertándoles para ello aptitudes y habilidades. Y, si á tamaños acontecimientos añadimos la lucha en el seno de nuestra sociedad trabada entre la tiranía y la libertad, como resultado de la guerra externa, no puede darnos sorpresa el que el movimiento literario tenga ahora en el Perú todos los síntomas de un acontecimiento.

Pero, si bien es cierto que los predichos fenómenos explican el hecho de una revolución literaria, que en la actualidad advertimos, trayéndola en pos de sí como lógica secuela, también lo es que ni sean las únicas causas ni las que mejor satisfagan en el sentido de determinar con todos sus caracteres dicha revolución: ellos inmediatamente no hacen más que dar origen á una manifestación literaria, por lo regular correcta, hasta cierto término original, espontánea y, sobre todo, nacionalísima, en tanto que las manifestaciones contemporáneas de ese movimiento literario adolecen de incorrección, imitación rayana en plagio y poca espontaneidad. Tiene, pues, el movimiento literario que nos ocupa dos momentos; el primero restaurador y de florecimiento, el segundo de decadencia y mal gusto. El primero es una reacción contra el estéril Ateneo, y la no ménos infecunda sociedad de académicos correspondientes de los Comellerán, y está representado por el Círculo Literario, que inspira sus mejores producciones en los desastres de la guerra del Pacífico y en nuestra enferma actualidad política, estimule á la generación nueva á acometer empresas colosales, con lo cual alimenta en su pecho la vanidad haciéndola que se crea superior á sus mayores; y desaparece luego, sin enseñarle nada útil, para metamorfosearse en partido político.

La juventud, halagada por el incienso que le quema González Prada en el altar de sus ambiciones personales con el necio apotegma de «Los viejos á la tumba y los jóvenes á la obra», se cree un coloso, y, perdido todo sentimiento de prudente moderación y modestia, pluma en mano, se yergue, con insolente petulancia, inundando en un mar de producciones los periódicos que existen y otros que funda, como *LA IDEA*, *LA ALBORADA* y *LA RAZÓN* y mil más, en cuyas columnas, acometida de una verdadera fiebre literaria, preñada de fatuidad, y sin más ilustración que la que aprenden los eruditos á la violeta registrando en los salones de las bibliotecas los diccionarios enciclopédicos y las Gacetas literarias, inaugura el gongorismo en nuestra literatura, con lo cual se constituye el segundo momento, de mal gusto y decadencia, en el movimiento literario de actualidad.

JUAN DE BELLAVISTA.

[Continuará].

IDILIO.

[Conclusión.]

LVI.

Quise medir la elevación del muro,
y se perdió en lo oscuro
del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar: todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII.

Mi invencible terror iba en aumento:
trémulo, sin aliento,
la señal de la cruz besé contrito.
Turbósc mi razón y como un loco,
empecé poco á poco
á bajar por la mole de granito.

LVIII.

¡Un siglo para mí fué cada instante!
Bregaba jadeante,
hincando con furor en la muralla
manos y piés, tan ciego y trastornado
como el pobre soldado
que por primera vez entra en batalla.

LIX.

Volaban junto á mí, tristes y graves,
las temerosas aves
que despertaba al descender yo mismo.
¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!...
Mas ¡ay! perdí el apoyo,
y oscilando quedé sobre el abismo.

LX.

Me así al ramaje respirando apenas.
La sangre de mis venas
corrió con ritmo acelerado y duro.
Desvanecido, horripilado, incierto,
y de sudor cubierto,
buscaba en vano con mis pies el muro.

LXI.

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra!
Crujió la débil hiedra
entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
espacio, sentí frío,
luego un dolor agudo, luego... ¡nada!

LXII.

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recogióme un vecino
al pié del muro, exánime y maltrecho.

Quando volví de mi mortal letargo,
 vertían llanto amargo
 las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

LXIII.

—«¡Vive!»—Mi padre alborozado dijo.

—«¡Vive!»—con regocijo
 mi madre repitió, miranda al cielo:
ella en silencio se enjugó los ojos.—

Postiéronse de hinojos,
 y la santa oración levantó el vuelo.

LXIV.

Penosa fué mi curación y lenta.

Tan recia y violenta
 sacudida sufrí, que estuve inerte,
 postrado y sin hablar noches y días
 esperando las frías
 y espantosas caricias de la muerte.

LXV.

¡Cuántas veces en horas de martirio,
 cuando tenaz delirio
 mi razón y mis miembros embargaba,
 cuando la abrasadora calentura
 mi soledad oscura

de visiones terríficas poblaba,

LXVI.

con la sedosa cabellera suelta,
 forma gentil y esbelta
 parecióme entrever en mi extravío,
 que se acercaba pálida, intranquila,
 clavando su pu pila
 con honda angustia en el semblante mío!

LXVII.

¿Era ficción ó realidad? ¡Quién sabel!

¿Soñaba, cuando el suave
 calor sentía de furtivo beso,
 que se pesaba en mí como se posa
 la leve mariposa,
 sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII.

¿Soñaba, cuando triste ó satisfecha,
 en lágrimas deshecha
 ó risueña y feliz, según mi estado,
 mirábala sumisa á mis menores
 caprichos y dolores,
 como un ángel de Dios, siempre á mi lado?

LXIX.

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,

¿qué saca el pobre leño,
despojo inútil de la mar bravia,
sino hacer mas pesadas sus congojas,
con recordar las hojas
que le vistieron de verdor un día?

LXX.

Al cabo pude abandonar el lecho,
mas ¡ay! no sin despecho.
Porque á medida que la sangre ardiente
daba á mis miembros el vigor perdido,
mi dulce bien querido
recobraba su aspecto indiferente.

LXXI.

Cierto día, en las horas de la siesta,
cuando la luz molesta,
y un viento sin rumor todo lo arrasa,
al pié, tendido en la agostada alfombra,
de un árbol cuya sombra
el sol calienta, pero no traspasa,

LXXII.

dejaba en perezoso enervamiento
vagar mi pensamiento,
atormentado de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
no apartaba los ojos
del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII.

—¿Qué causa su cariño me enajena?—
con indecible pena
me preguntaba yo.—¿Por qué me trata
con tal rigor y tan esquivo ceño?—
De mí no era ya dueño
y exclamé sin pensar:—«¡Ingrata, ingrata!»—

LXXIV.

Sin duda percibió mi ahogado grito.
Miróme de hito en hito
breves instantes, levantóse incierta
cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,
y me tendió su mano,
que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV.

—«¡Sufres!—me dijo con afán.—¿Qué tienes?
¿con tan fieros desdenes
paga tu afecto la mujer que adoras?
Tu incurable aflicción me causa miedo.
¡Ay de mí! que no puedo
sino llorar contigo cuando lloras.»—

LXXVI.

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
 ¡No era unir el sarcasmo
 á la traición? ¡las burlas al desvío?
 La indignación profunda que me ahogaba,
 rompió al fin como lava
 que se convierte en inflamado río.

LXXVII.

—«¡Goza, gózate!—dije—fementida,
 en enconar la herida
 que con tu injusta indiferencia has hecho.
 ¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
 que por dejar de amarte
 me arrancaría el corazón del pecho.»—

LXXVIII.

Yo la ví entonces fascinada y ciega
 llegar á mí, cual llega
 la enamorada tórtola al reclamo.
 Era débil su voz como un gemido,
 y deslizó en mi oído:
 —«¡Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX.

Quebrante la pasión que me sofoca
 la cárcel de mi boca.
 ¡He llorado en silencio tantos días!
 ¡No me roban tu amor otras mujeres?
 ¡Es verdad que me quieres?
 ¡Si me engañaras, Juan, me matarías?

LXXX.

No sabes que esta bárbara sospecha,
 como acerada flecha
 me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
 cuánto he sufrido!...»—Hablábame gozosa,
 y en su mejilla hermosa
 la risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI.

Yo la escuchaba extático... ¡Aún la veo!
 ¡Aún en el alma creo
 que resuena su voz, su voz vibrante
 como el último acorde de una lira!
 ¡Aún me llama, aún suspira,
 apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII.

Desbordó mi cariño cual desborda
 la mar rugiente y sorda,
 y con febril ardor de que me acuso,

quise estrecharla entre mis brazos; cuando
de súbito, llegando,
en silencio mi madre se interpuso.

LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.
En el materno seno
corrió á ocultar su rostro la doncella.
Clavó mi madre en mí sus ojos graves,
y dijo.—«Cuando acabes,
si la mereces, Juan, vuelve por ella.»—

LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío.
Ni el ocio ni el hastío
mitigaron un punto mi ardimiento.
No tuve un solo instante de desmayo.
¡El rayo, el puro rayo
de su amor me encendía el pensamiento.

LXXXV.

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido
regresé al patrio nido,
como el que nada busca ni desea.
A los fugaces últimos reflejos
del sol, y ya no lejos,
alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI.

Doblaba lentamente la campana.
Ancha faja de grana
teñía el cielo de matices rojos.
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
de la Virgen bendita,
á cuyos muros me llegué temblando,
aguardábame sola y enlutada
mi madre idolatrada,
que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.
—«¡Murió! ¿para qué vivo?»—
grité con ansia inacabable y fiera.
Mi madre dijo señalando al cielo:
—«Dios calmará tu duelo.
¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera!»—

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.